

dre, y le dixeron que era un Varon muy virtuoso, y que qualquiera agasajo que le hiciese, seria muy del agrado de Dios; pero el Capitan respondió, que bien podia ser muy santo, mas que habia de pagar muy bien el viage, si queria hacerlo. En esta ocasion llegó el Siervo de Dios á la plaza, y al circo que tenian hecho los que estaban en dicha conversacion, y les preguntó, saludándolos antes con mucha cortesía, quién era el Capitan que hacia viage á las Islas. Yo soy Padre, respondió. Pues sepa vuesa merced que tengo que hacer viage á dichas Islas, y lo que tengo de llevar es mi persona, y un mozo con tres caxas. Suspendióse el Capitan algun tanto, y dixo: Padre, quiero llevar la persona de vuesa Paternidad, su ropa, y quanto tuviere que llevar, sin que pague cosa alguna; ni tiene vuesa Paternidad que hacer prevención para el viage, porque quiero llevarlo, y sustentarlo á mi costa. Y aunque procuró el Venerable Padre persuadirle á que queria pagarle, porque era justicia, y razon, no hubo remedio de querer recibir el dicho Capitan ni un ochavo. Despidióse el Siervo de Dios para ir á componer sus cosas; y los amigos que quedaron con el dicho Capitan, le dixeron, no sin poca risa: Pues, amigo, ¿y aquella buena paga, aquel regalo, y todas aquellas fanfarrías, en qué quedaron? No he podido hacer otra cosa, respondió, porque quando me hablaba, entendí que veía á Jesu Christo, ó á Santo Domingo, que con imperio me movian el corazon, por cuya causa le ofrecí lo que habeis oido, y aun todo el Navío le diera, si lo hubiera menester.

Llegó, pues, el dia en que dispuestas todas las cosas, se embarcaron, y la paga que el Capitan no quiso, corrió por cuenta del Cielo. Salió este Navío del Puerto en compañía de otros dos, que hacian el mismo viage: estos tuvieron tales contratiempos, que tardaron tres meses en llegar á las Islas. El Navío en que iba nuestro Siervo de Dios, como si con alas volara por el viento, así era por el mar. Tomó Puerto en Tenerife á los quince dias de su salida de la Habana. Però aún no paró aquí la paga; porque es Dios tan buen pagador, que como su Magestad prometió dar por uno ciento, así hizo con este Capitan de su palabra el cumplimiento, porque á pocos dias de llegado el Navío al Puerto de Santa Cruz, antes que se hubiese sacado cosa alguna, se levantó una tormenta tan recia, que parecia que toda la furia del Infierno andaba en aquel Puerto. Dos cables con que estaba amarrado el Navío, se rom-
pie-

pieron. Salió el Navío del Puerto con unos pocos hombres, que por guardas se habian quedado en el; y viéndose sin poder gobernar la Nao, se dieron desde luego por perdidos. Llegó al Capitan esa fatal noticia, que estaba en tierra; y como habia venido en compañía del Siervo Dios, se le habia pegado mucha parte de su paciencia, y conformidad con el divino querer; porque es cierto lo que el Espíritu Santo dixo en pluma de David: Con el Santo serás Santo, y con el pecador te pervertiras. O si todos huyeran las malas compañías, cómo hubiera menos malos en el mundo! Encogióse de hombros el dicho Capitan, y dixo: Hágase la divina voluntad. Vistióse, y fué á buscar al Venerable Padre. Miren la confianza que de él hacia, pues en lugar de ir al Puerto, se fué á buscar al Padre, al qual le dixo lo que pasaba. Este le respondió con aquella grande fé que tuvo siempre en María Santísima: Vaya con Dios, éntrese en la Iglesia, y con toda devocion rece el Rosario á nuestra Señora, y aguarde allí, que sin duda sabrá de su Navío. No tuvo el Capitan duda alguna de lo que el Siervo de Dios le dixo, y así se fué á la Iglesia á hacer lo que le habia mandado. Apenas habia acabado de rezar una parte de Rosario, quando vinieron buscándolo á la Iglesia para decirle como su Navío se habia vuelto al Puerto, sin peligrar hombre, y sin perderse cosa alguna, y que con grande facilidad lo habia amarrado, y estaba libre de todo riesgo. No es decible el gozo que recibió el Capitan con tales nuevas; y volviéndose á la Virgen, hechos sus ojos dos arroyos de lágrimas, le dió gracias por el beneficio que de su poderosa mano habia recibido. Y saliendo de la Iglesia, fué á buscar el arcadúz por donde le habia venido tanto bien; y hallando al Venerable Padre, se arrojó á sus pies. ¿Qué hace, hermano? le dixo, miré que la Virgen Santísima hace estas cosas con quantos de veras la llaman: sé le muy devoto, y no dexé de rezarle su Rosario, y verá por experiencia como su patrocinio no le falta; y llevé entendido, que yo soy un pobre pecador, digno solo de que todos me desprecien. Quisole dar, como tan agradecido, limosna para la fábrica; pero no quiso recibirla, diciéndole que ya le habia dado limosna, trayéndolo de valde. Y así se despidieron, quedando el Capitan muy aficionado al Siervo de Dios.

Estaban aquellas santas Religiosas como avecitas en aquel estrecho nidó, con los ojos, y el corazon levantados al Cielo, de donde esperaban que les habia de venir el favor por medio del Venerable Pa-

Padre, á quien por instantes aguardaban. Supieron su llegada, y dieron gracias á Dios, ciertas de que habia de proseguir lo comenzado; y lo cierto es, que no se engañaron, porque nunca mudó el dictamen con que salió la primera vez que las dexó en su pequeña, y estrecha clausura. Así como el Venerable Padre saltó en tierra, fué á ver á sus amadas hijas, que aunque las halló muy conformes con el divino querer, supo que habian padecido muchas necesidades, y trabajos, como que estaban encerradas, sin rentas, ni otros subsidios temporales. Consolólas en el Señor, y díxoles, que presto se acabarían en parte sus trabajos, porque traía juntas algunas limosnas para su alivio. Y así fué; porque desde luego trató de ponerlas en fincas, é hipotecas seguras lo mas que pudo, para asegurarles el que tuvieran que comer, dexando una pequeña parte de los diez mil pesos que traxó para proseguir la obra. Y como su fin era edificar primero el edificio espiritual con las licencias, que para esto traía del Sumo Pontífice, y del General de la Orden, sujetándolas á la Religión del Glorioso Padre, y Patriarca Santo Domingo, y á los Prelados de la Religión, les impuso la obligacion que tenían de hacer solemne profesion, obligándose á los tres votos esenciales, que constituyen verdadera Religión; y juntamente, que estuvieran obligadas á guardar la Regla del Glorioso Padre S. Agustin, y las Constituciones que dexó el Glorioso Padre Santo Domingo escritas, y ordenadas; añadiéndoles á esto, que rezasen indefectiblemente las tres partes de Rosario, una por la mañana, otra al medio dia, y otra á la noche. Lo qual se observa puntualmente en aquel Religiosísimo Convento, obligándose, así á esto, como á todo lo demas en aquel tiempo, y sucesivamente para siempre.

Entablada de este modo la clausura, y el edificio espiritual con tan buenos cimientos, como eran la piedra firme Christo nuestro Bien, y su Madre Santísima la proteccion, y el amparo, trató de pasar al edificio del Convento con el residuo que le habia quedado, y las limosnas que esperaba; y lo que mas es, con la Divina Providencia en el amparo de la Reyna de los Angeles María Santísima. Pero no solo era su ocupacion asistir á la obra, confesar, y gobernar las Religiosas; sino que desde luego empezó á entablar la devoción del Rosario de María Santísima, no solo en Tenerife, sino en todas aquellas Islas, como iremos viendo; pues de todas ellas hizo un Paraíso en la tierra, tal que parece que el

Al-

Altísimo le destinó para Apostol del Rosario en ellas, como despues en Sevilla.

No es ponderable, ni hay en la Retórica términos para explicar aquí los trabajos, y contradicciones que de hombres, y demonios toleró, primero que pudo establecer esta devocion sagrada. Empezó primero la guerra por los propios; porque empezaron á decir que no habia fuerzas para ver, y esperar el tiempo que gastaba en explicar los Sagrados Misterios del Rosario: que así era cansar á los Seglares para que llenos de fastidio, no volvieran. Y cierto que era este conocido ardid del demonio; porque como el mayor azote que contra sí tiene es María Santísima, y su Santísimo Rosario, procura por quantos medios puede hallar, divertir á los hombres de esta santa devocion. Práctica tengo en algunos años que prediqué en este Convento esta santa devocion, que subsistia esta tentacion en muchos; pero experimenté tambien, que nunca me dexaron por largo. Y así debiera siempre proseguirse: lo uno, porque así lo instituyó este Venerable Padre; y lo otro, porque las tentaciones se vencen oponiéndose á ellas: y finalmente, sabiendo que los que vienen al Rosario, vienen á gastar la tarde en él.

No obstante, subiéndose un dia el Siervo de Dios al Púlpito, con mucha gracia satisfizo á los reparos que hacian los de dentro, y los de fuera. Debemos los Religiosos de Santo Domingo no dexar el Ave María de la boca, porque la Reyna de los Angeles nos ha amonestado, y mandado muchas veces que prediquemos su Santísimo Rosario; y así nuestro Padre Santo Domingo lo predicaba continuamente; y no era breve en su predicacion, como puede verse en el Beato Alano, el qual refiere, que predicando el gloriosísimo Padre en una ocasion todo el Rosario entero; despues de cada tercio predicó mas de una hora, y lo mismo hizo despues de cada uno de los dos tercios; y esto no era predicar breve. El Beato Alano en quantas cosas hizo predicaba el Rosario; y vease en el grado de Maestro que recibió, los puntos que propuso para él, y no pudo ser breve. Y finalmente, véanse aquellos Padres antiguos de la Religión, en quienes ardia el fuego de esta devocion; los saynetes, y guisos tan sabrosos que hacian para cebar con esta devocion á las almas. Es el agua de su naturaleza fria, y para conservar-la caliente, es menester tenerla siempre al fuego. Mas frios que el agua son los humanos corazones; porque quedó la naturaleza tan viciada por la culpa, que siempre á lo bueno va contra marea, de-

xan-

zándose ir con facilidad á lo malo. Si el continuo fervor del Predicador no calienta esta agua, volverá facilmente á su hielo natural. A los de fuera dixo: Que como eran libres en venir, así lo eran en poder irse quando quisieran, pues tenian abiertas las puertas de la Iglesia para entrar, y salir á su arbitrio. Pero fueron tales las cosas que les dixo, amonestándolos á la perseverancia en esta sagrada devocion, y á los bienes que se hallaban en ella, y de los males de que se libraban los que en ella gastaban este tiempo, que fervorizados muchos, no faltaron continuamente al Rosario, pareciéndoles ya corto el tiempo á los que poco antes les parecia mas que largo.

Mas de tres años estuvo en estas Islas, y en todo este tiempo no cesó de predicar, hasta que viendo dificultades, consiguió que en todas ellas se rezase, llamando á campana tañida. Y viendo el demonio la guerra que le hacia, y las presas que le sacaba de sus garras, procuró por todos caminos estorbar el Santísimo Rosario, que tanto ha aborrecido siempre, y tantos medios ha tomado para quitarlo de la Iglesia, si pudiera; pero ni ha podido, ni podrá, porque corre por cuenta de la que es Reyna de los Cielos, de la tierra, y aun de los abismos, y á quien estos infernales monstruos temen mas, como veremos en los siguientes casos. Hallándose el Siervo de Dios en la Ciudad de la Laguna, y tocando una campana para que vinieran al Rosario, se quebró sin poder descubrirse causa natural de aquel efecto, discurriendo muchos que el demonio habia sido el instrumento de esta obra. Enviaron á fundir la campana, y por tres veces no pudieron sacarla del molde bien fundida. Diéronle cuenta al Siervo de Dios de lo sucedido, y dixo: Vayan, y gravén en la orla del molde estas palabras *Ave Maria gratia plena*. Hizose así; y volviendo quarta vez á la fundicion, se oyó un ruido espantoso, sintiendo todos los presentes un hedor pestilente, como de azufre, á que dixeron todos los que estaban allí: Aquí anda el diablo, y no quiere que tengamos campana. Pero no obstante, después se vió que habia salido buena, perfecta, y sonora. Y no solo en este caso, sino en otros infinitos, así de trabajos, enfermedades, y peligros, era siempre su remedio el Ave Maria.

En esta misma Ciudad asistió el Venerable Padre á un mozo, que con las Pláticas, y Sermones del Siervo de Dios se habia encendido tanto en la devocion del Santísimo Rosario, que era el que asistia á la Capilla de nuestra Señora á encender las velas, correr los velos, y hacer todo lo necesario, acompañando su devocion con

el exercicio de muchas virtudes, penitencias, cilicios, y disciplinas. Enfermó este de un achaque grave, que le duró por tiempo de quince dias: misterioso número del Sagrado Rosario de la Virgen, y presagio feliz de la buena muerte que logró. Asistióle el Siervo de Dios para morir, porque queria este arbolito trasplantarlo su Magestad, ahora que se hallaba con sazonados frutos, en el Paraíso de su Gloria. Aquel mismo dia que murió, vió entrar en su aposento una Señora sobre toda ponderacion hermosa, y resplandeciente, que llegándose á él, le dió tres hermosísimas rosas de tres colores diversos, las cuales vieron algunas personas virtuosas; y con el olor que exhalaban, entregó su dichosa alma, como piadosamente puede creerse, en manos de la Santísima Virgen.

En el mismo Convento del Señor Santo Domingo de la dicha Ciudad de la Laguna, refieren que habia una Imagen de nuestra Señora del Rosario antigua, no de mucha hermosura; y como con la predicacion de este Venerable Padre se fervorizó la gente en la devocion de esta Señora, les pareció á muchos devotos el hacer otra Imagen nueva, mas hermosa, y agraciada; y aun de este parecer estaban los Religiosos, menos el Siervo de Dios, que viendo que era la falta en no ser hermosa la Imagen, como decian, lo estorbó, diciéndoles, que la Señora volveria por sí, que poder tenía para todo. Y de hecho fué así; porque de allí adelante robaba de todos los corazones la hermosura de la Imagen.

Aquí tambien en esta dicha Ciudad sucedió, que quando la gente venia de madrugada al Rosario, veían por las esquinas hombres, y mugeres hablando, y aun pasando á muestras, y acciones descompuestas. Esto causó escándalo en muchos, por lo qual no querian que la gente de su casa acudiese á aquella hora á la Iglesia á rezar el Rosario. Propalóse esto entre muchos, y llegó al Siervo de Dios esta noticia, y al punto, considerando lo que podría ser, y de donde provenia tanto daño, salió por las calles, y por aquellas partes donde le dixeran que habian visto las descompuestas acciones, las conjuró con el Ave Maria, y nunca mas se vieron tales hombres, y mugeres. Y aun hay noticia de que conjurando después á un demonio, que estaba en el cuerpo de un hombre, declaró compelido, que él era el que fingia aquellos cuerpos fantásticos, para estorbar el que viniesen á rezar el Rosario.

En el mismo Convento habia un muchacho de poca edad, que asistia á un Religioso. Este tenia gran cuidado de levantarse por la

madrugada al Rosario. Tocábase tres veces la campana, para que la gente se juntase; y el muchacho al primer toque con gran puntualidad estaba ya en la Iglesia. Una mañana se durmió, y no oyó la primera señal, y despertando, se afligió, pareciéndole que ya estarían en el Rosario. Vistióse con toda prisa, y corriendo se fué á la Iglesia, donde encontró con otro muchacho de su edad, á quien él tuvo por un amigo suyo, con quien solia jugar. Este le preguntó, ¿dónde iba? Y él le respondió que á rezar el Rosario. El que parecia muchacho, y no lo era en la verdad, le dixo: ¿Para qué quieres ir á oír á ese Frayle, que es un embustero, y anda engañando la gente con el Rosario? Vente conmigo (prosiguió), que aquí traigo nueces, y avellanas, irémos al estanque (que habia allí uno cerca con abundancia de agua), y comeremos, y jugaremos, que es mejor que oír embustes. El muchacho instaba en querer ir al Rosario; mas el otro casi por fuerza lo llevó á el estanque, y lo hizo sentar, y se pusieron á comer. Tocaron en esto la segunda señal para el Rosario, y el muchacho se levantó, y dixo: Déxame ir, que voy á rezar. Volvió el otro á detenerlo, é hizole sentar otra vez; pero á la tercera vez que tocaron, el chicuelo se levantó, determinado á correr, y huir del compañero; si bien no pudo hacerlo con tanta brevedad, que primero no se viesé en los brazos del demonio (que lo era el que parecia muchacho), el qual le levantó con furia para arrojarle al estanque. Viéndose el pobre-cillo en este conflicto, como enseñado por el Siervo de Dios, clamó diciendo: Ave María. A esta voz perdió las fuerzas el demonio, y desapareció, dexando al muchacho desmayado; y lo estuvo así mucho tiempo, hasta que viéndole un Religioso, y aprehendiendo que estaba muerto, dió cuenta á otros, y con ellos vino tambien el Venerable Padre, el qual llegándose al muchacho, le dixo: Ave María; y tomándolo de la mano, lo levantó vuelto á sus sentidos, el qual contó con sencillez lo que le habia sucedido. A que dixo el Venerable Padre: Estas son cosas del demonio, porque no hay cosa que mas sienta que el Rosario.

Aquí mismo le sucedieron diversos casos, en que claramente se conocia la guerra que el Infierno le hacia, no solo al Venerable Padre, sino á quantos con fervor se dedicaban á esta sagrada devocion. Pero Dios, que permitia esta persecucion para mérito, así de los devotos de su Santísima Madre, como del Siervo de Dios, tambien les daba repetidas victorias del comun enemigo. En particular

tu-

tuvo especial favor del Cielo el Venerable Padre contra los espíritus infernales; pues en una ocasion, en este mismo parage en que se hallaba, se encontró con una muger poseida del demonio, y tan apoderado de ella, que en unos hechizos, que le habian hecho, lo habian ligado de modo, que no podia salir sino deshaciendo los dichos hechizos. El Siervo de Dios, sin valerse de otra palabra que el Ave María, que repitió muchas veces, persiguió tanto al demonio, que lleno de enojo, y haciendo burla del Venerable Padre, le dixo: Idiota, ignorante, tonto, ¿es posible que no sabes otra cosa? ¿No tiene la Iglesia exórcismos, conjuros, y oraciones? ¿No dices mas que esa palabra? ¿No sabes otra cosa? Pero á todas estas cosas el Siervo de Dios solo repetía Ave María, obligándole con la fuerza, y eficacia de este Santísimo Nombre á que declarase cómo habia entrado allí, y dónde estaban los hechizos; y esto bastó para que mal de su grado dixese uno, y otro, y dexase libre aquella pobre muger. Este caso, diciéndolo el Venerable Padre, porque fué preciso, atribuyéndolo todo, como solia, y debia, al Santísimo Nombre de María, decia con mucha gracia: Con María reventé al demonio, é hizo quanto quise.

Un sábado en este mismo Convento de la Laguna, yendo á predicar el Rosario, vió desde el púlpito entrar por la puerta de la Iglesia un hombre, al parecer, bien vestido y compuesto. Puso en él los ojos el Siervo de Dios, y con imperiosa voz le dixo: ¿Adónde vás? ¿Vienes aquí á hacerme ruido? Vete luego: y al punto desapareció el hombre, sin que ninguno conociese quién era, ni viesé mas. Aquel mismo dia, saliendo del Rosario, á que habia asistido la Comunidad, al volver los Religiosos vieron en la escalera del Convento un hombre sentado, rebozado, y cubierto el rostro. Todos fueron pasando, y reparando en él; pero ninguno lo conoció. Llegó á pasar el Siervo de Dios; y mirándole con cuidado, le dixo: ¿Aquí estas? ¿Aquí estas? Y diciendo, y haciendo, le dió muy buenos golpes. El que parecia hombre, se levantó, y sin hablar palabra se fué. Algunos de los Religiosos, que no sabian quién era aquel hombre, tuvieron por mala la accion, y la afearon delante del Prelado, pareciéndoles que habia sido temeridad ultrajar á un hombre de bien de aquel modo. El Prior con este informe envió á llamar al Venerable Padre, y en presencia de otros Religiosos graves le preguntó, ¿quién era aquel hombre á quien habia aporreado? Excusábase de decirlo; y el Prelado, co-

E

no-

nociendo que aquí había misterio, que los religiosos ignoraban, le mandó en virtud de santa obediencia que le dixera quién era. Entonces el Siervo de Dios dixo, que aquel, que parecía hombre, era el demonio, y el mismo que quando había empezado á predicar, había entrado por las puertas de la Iglesia. De estos casos son muchos los que sucedieron; porque siendo el demonio perpetuo enemigo de todos los que con devocion veneran á María Santísima, precisamente había de tener muchos encuentros con quien era tan devoto de esta Soberana Reyna, y con quien tanto daño le hacía, como este Siervo de Dios, divulgando de esta Señora las excelencias, y de su sagrado Rosario.

Y viendo este monstruo infernal, que por sí no podía atajar la corriente con que esta devocion corria, procuró valerse de los hombres (que suelen ser peores que el demonio); y así instigando á uno, le puso en la cabeza que asombrase á la gente, que venia al Rosario así de noche, como de la madrugada. Este, pues, se ponía en medio del camino con unos como zancos, y luces en la cabeza: otras veces en forma de un monstruo horrible; de modo, que muchos no salian de sus casas de temor que tenían. Andaba con esto atemorizado el Pueblo, y aprehendiendo que era demonio, y llegando una persona de autoridad de aquella Ciudad de la Laguna al Venerable Padre, le refirió este caso, y el Padre lo sósegó; y le dixo: Opa Vmd. que no es el demonio quien levanta ese alboroto, sino una criatura provocada por él; y así (prosiguió) hágame Vmd. favor de salir al encuentro esta noche, ó quando quisiere, con el Rosario al cuello, y con la espada en la mano, no para hacerle daño, sino solo para amedrentarlo, y corregir su osadía, y pecado; y vaya Vmd. seguro, que no correrá riesgo ninguno. Así lo creyó el Caballero, y así lo executó, pues la noche siguiente salió á buscar al que tanto daño hacía, y tan amedrentada trahía la gente. Encontróse con el bulto, y acercándose á él, al primer cintarazo que le tiró á los pies, dió con él en tierra; y dando voces el caído, pedía por amor de Dios, que no le matase, porque el demonio era el Autor de aquel engaño, y el que le había puesto en la cabeza tal enredo para que hiciese tanto daño, estorbando á los que venian á alabar á María Santísima en su Sagrado Rosario, prometiéndole de allí adelante no caer en semejante maldad. El Caballero procuró conocer quién era, y de hecho lo supo; pero no le hizo mal alguno, tomando en todo el

con-

consejo que le había dado el Siervo de Dios. Lo que sí hizo fué amonestarle, que no dexára llevarse de las tentaciones del demonio, sino que con todos asistiese al santo ejercicio del Rosario.

Habiendo sabido el Venerable Padre por el informe de este Caballero en lo que paró la fantasma, la tarde siguiente dixo desde el púlpito á sus oyentes, que ya podian venir con seguridad, y sin susto, ni miedo, por las madrugadas, y por las noches al Rosario, porque ya estaba descubierto el enemigo. Y encaminando su Plática ácia el pecado, que este hombre había cometido sin inividualizar cosa alguna, por donde pudiera ser conocido, dixo, que el demonio, como nunca duerme, todo el tiempo lo gasta en perseguir, cegar, engañar, y llevar, si puede, á la perdicion á los hombres. Y prosiguió diciendo, que una de las mas ciertas señales, que se hallan acerca de la condenacion eterna en esta vida, es el usar mal los pecadores de la misericordia, bondad, y paciencia, con que Dios los sufre, y espera á penitencia; y así debe el hombre en tiempo apartarse de las culpas, tomando por argumento, para dexar el mal camino, la misma bondad de Dios, pues por ser bueno, no debe ser ofendido; y para asegurar esta conversion á Dios, aversion al pecado, y al demonio, es el camino mas seguro, y real, la devocion á María Santísima, y á su Sagrado Rosario; y así, hermanos míos, confíemos en la Virgen, prosigamos en rezar su Santísimo Rosario por todo el tiempo de nuestra vida, con la seguridad de que nunca nos faltará, amparándonos como madre, y favoreciéndonos como poderosa.

Estando en una ocasion este Venerable Padre predicando, entre los que le estaban oyendo fué un Maestro docto, y santo de la esclarecida Familia del Máximo de los Doctores el Señor San Agustín; y acabando de predicar, dixo estas palabras: Deseaba toda mi vida, si ser pudiera, oír predicar al Apostol San Pablo, y ya no lo deseo, porque habiendo oído á este Padre, he oído á un San Pablo. Palabras son estas, que deben considerarse por ser de un sugeto tan docto, y tan santo, pues prueban el espíritu, la valentía, y la eficacia, que tenia en el púlpito este Siervo de Dios. Y no solo en este lugar, sino en qualquiera conversacion que hablaba del servicio de Dios, parece que salía de sí, y hablaba en él el espíritu del mismo Dios: que así lo prometió su Magestad á los suyos, afirmándoles que no gastasen tiempo en pensar que

E 2

ha-

habian de responder, porque yo os daré boca, y sabiduría, á que no podrán responder vuestros contrarios. Verificóse esto en este Siervo de Dios; pues en una ocasion, despues de haber hecho varias conversiones en aquellas Islas de algunos Hereges, que en ellas vivian, se encontró con un pertináz sobremanera; y llegándose á él, le dixo: Hermano, véngase conmigo. Obedecióle: y entrando con él en su Celda, le empezó á ponderar la ceguedad en que vivía, los errores manifiestos, y claros en que estaba, el camino cierto que á la perdicion llevaba; y esto con demostraciones tan claras, y evidentes, y con tanto espíritu, y fervor, que convencido el hombre, se arrojó á sus pies, protestando, que de allí adelante queria vivir segun la Iglesia Católica Romana, y que estaba pronto á abjurar todo quanto hasta allí habia seguido contra la verdad infalible de dicha Iglesia Romana. Consolóse el Siervo de Dios, dándole grandes esperanzas de su salvacion; y procurando que le asegurase, le intimó, que fuese muy devoto de María Santísima, y rezase su Santísimo Rosario. Nunca, Padre, lo he rezado, ni sé el Ave María, le respondió el Herege. No importa, dixo el Venerable Padre, que yo te lo enseñaré. Cosa singular! Dióle un Rosario, y á la tercera vez que le dixo la oracion del Ave María, la repetia sin errar un punto. Reconciliólo con la Iglesia, y vivió de allí adelante como buen Católico.

Estando predicando un dia, fervorizado en las excelencias del Santísimo Rosario, contando cuántos bienes habian venido á las almas por esta sagrada devocion, dixo: Siempre ha tenido esta sobremanera grande Compañía, Cabos muy principales, como casi siempre escogidos, y señalados por la Belona de la Iglesia María Santísima, para hacer con ella, y con ellos cruda guerra al Infierno, y á los vicios. Fué Capitan General de esta illustre Compañía mi Glorioso Padre el Señor Santo Domingo: despues ocupó este puesto el Venerable P. Fray Gerónimo de Sprenger: despues el Beato Alano de Rupe. No faltaron Alferces, y Sargentos, como un Fray Juan del Monte, y un Fray Juan Masías, y otros muchos. Pero saben qué oficio tengo yo en esta Compañía? Pues sepan que soy Tamborilero en ella, porque no sirvo de otra cosa sino de hacer ruido. Preguntándole algunos, si era verdad que habia dicho esto, dixo: Sí, y de verdad lo dixé, y lo digo, porque no sirvo, ni he servido de otra cosa que de hacer ruido; porque ¿qué he hecho yo en servicio de la Virgen? ¿Ni quién soy

soy yo para poder haber hecho alguna cosa de su agrado? Sepan que la mayor joya que dá Dios á las criaturas en esta vida, es hacerlas devotas de María Santísima, y hacer que sirvan á esta gran Reyna. Pues infieran de aquí, ¿qué hay en mí, para que Dios me diera á mí esta riquísima joya, y me hiciera este beneficio? Tanta era su humildad; y con ésta debiéramos proporcionarnos todos, para que su Magestad nos levantára á la dicha de saber servir, y amar á la que es Reyna de Angeles, y hombres.

Tres años continuos, como hemos dicho, estuvo en aquellas Islas, dexando en todas establecido el que se rezára el Sagrado Rosario de la Virgen Santísima tres veces al dia; conviene á saber, de madrugada, á medio dia, y á la noche. No se oía otra cosa en el campo, en los caminos, en las calles, y en todas partes, sino el Ave María. Fué grande, en duda, el fruto que hizo el Siervo de Dios, desterrando vicios, y plantando virtudes. El exemplo que dió, fué seguir la doctrina que enseñaba; pues primero la practicaba en sí, que pasára á proponerla, aprendiendo del mismo Jesu-Christo, que *capit facere, & docere*. Todo este tiempo, ó lo mas de él eran su alimento unas yerbas, y por disimular, probaba algunas veces el pescado; pero nunca comió carne. Fué extremada la pobreza que en dichas Islas observó; pues ni aun de los Sermones que le encomendaban quiso tomar limosna, diciendo, quando se la daban, que la repartiéran entre pobres, que á él le sobraba quanto habia menester. No fué menor la aspereza en el trato que se daba; pues predicando una Quaresma en un Lugar de estas Islas, aunque habia Convento de la Orden, no estuvo en él por circunstancias que ocurrieron, sino en casa de un devoto suyo, en donde admiraron su recogimiento, y silencio, su parsimonia en el comer, su continuo estudio, pues siempre estaba ocupado, ó predicando en el púlpito, ó confesando en la Iglesia, ó estudiando en casa. Pero lo que mas les admiró á los de casa, que lo observaron, sin que el Siervo de Dios lo conociera, era que aguardaba de noche á que se recogiera la gente, y con gran recato, y silencio salia, y se iba á la puerta del Convento, donde en el suelo tomaba un breve sueño, y luego se volvía á casa. Con estas cosas, y otras muchas, que por la brevedad que prometí omito, iba creciendo la fama, y opinion del Siervo de Dios en todas aquellas Islas, de modo, que no le sabian nombrar con otro título, que con llamarlo el Apostol de Canarias;